
¿Decadencia, hundimiento o consumación? Pasando revista a Occidente

Emilio Lamo de Espinosa

En julio de 1923 –pronto hará cien años– aparece el número 1 de *Revista de Occidente*, y como homenaje a esa inminente conmemoración he redactado estas páginas. No es frecuente sino más bien insólito, y más en España, que una revista intelectual supere el siglo de vida. Como no lo es tampoco el título de esa revista que pretendía ser, nada menos que «la» revista de Occidente. Ahí es nada.

Sin embargo, en la presentación de la nueva revista no encontramos nada que justifique el sugerente y ambicioso título. Tampoco lo encontramos en los trabajos allí editados. Sin embargo, el ejemplar se cierra, ahora sí, con el anuncio del libro *La decadencia de Occidente*, de Ostwald Spengler, editado pocos años antes, libro que, me atrevo a pensar, es la referencia obligada de la misma revista.

Prueba de la importancia que le daba Ortega es que, cuando un año antes, en 1922, edita la *Biblioteca de ideas del siglo XX* –que

pretende reunir las cinco obras más características del tiempo nuevo—, incluye entre los libros seleccionados el de Spengler en traducción de García Morente. Y en el breve prólogo Ortega señalaba con rotundidad que era sin duda «la peripecia intelectual más estruendosa de los últimos años». Tenía razón, quizás incluso en el adjetivo «peripecia». El primer tomo de *La decadencia de Occidente* se había publicado en julio de 1918, pero para 1926 había vendido más de 100.000 ejemplares. Un éxito editorial nada frecuente.

Ortega citará el libro de Spengler toda su vida (la última mención que he encontrado es del año 1932) aunque, sorprendentemente, en 1924, en un artículo en *El Sol*, reconocerá que «no ha leído» el libro, que «sólo lo ha ojeado» (en «Diálogo sobre el arte nuevo», *El Sol*, 27 de octubre de 1924). Sorprendente.

En todo caso el libro de Spengler, su numerosa audiencia y la misma *Revista de Occidente*, responden sin duda a una coyuntura global que hoy, me temo, se ha agudizado. La Primera Guerra Mundial había mostrado la parte oscura de la civilización europea. El sueño de una paz liberal fundamentada en la interdependencia de las economías y las sociedades —basada en una primera globalización de finales del XIX—, se rompió en añicos el verano de 1914. Europa empezaba a intuir su decadencia y, en consecuencia, empezaba a mirar hacia afuera, e incluso a verse ella misma desde ese afuera. Como se percibe ya claramente en la *Historia del Mundo* del alemán Hans Ferdinand Helmolt (editada entre 1899 y 1907), primera en la que Europa ya no aparece como eje conductor del relato. Incluso lo percibimos en Max Weber, cuya magna tetralogía sobre las religiones del mundo incluía a Occidente como una pieza más del puzzle, y no necesariamente como el mascarón de proa de la evolución mundial. La esperanzada teoría decimonónica del progreso (Europa como vanguardia de la evolución de la humanidad que proyecta la «civilización» sobre la «barbarie» exterior) había sido quebrada por la Gran Guerra.

Así, Spengler presentaba su (filosofía de la) historia universal como un conjunto de culturas de las que Occidente (la cultura «fáustica») era una más. Para Ortega se trataba de un «giro copernicano» que avanzaba más allá de una visión eurocéntrica de la historia y, por lo tanto, también de una visión lineal: mundo antiguo-mundo medieval-mundo moderno. Por decirlo en terminología de Mijaíl Bajtín, Spengler rompía con el cronotopo, el espacio-tiempo, que sustentaba la cosmovisión ilustrada occidental.

En todo caso, lo que Ortega no discute es lo acertado de la traducción que García Morente hace del título de Spengler, traducción ampliamente discutida: *Der Untergang des Abendlandes, La decadencia de Occidente*. Pues *Untergang*, ¿es decadencia, o es hundimiento? Mas bien lo segundo. Sin embargo, Spengler no pretendía describir una catástrofe sino un «crepúsculo» o «puesta de sol». *Sonnenuntergang* en alemán significa «puesta de sol», y *Abendland* significa literalmente «tierra del atardecer». En 1921, Spengler escribió que podría haber usado la palabra *Vollendung*, que significa «cumplimiento» o «consumación». «Realizar completamente una acción», dice el DRAE de la palabra «consumar». Consumar es al tiempo éxito y extinción, extinción por éxito, no por fracaso.

Hubiera sido un acierto pues, aparte de haberle ahorrado muchas críticas, habría acertado. Al menos la coyuntura actual es más bien consumación que hundimiento y, si se trata de una decadencia, lo es relativa, no absoluta, como he tratado de argumentar en mi libro *Entre águilas y dragones*, con el subtítulo *El declive de Occidente*.

Libro en el que no perdí el tiempo intentando precisar el concepto de «Occidente». Como señala el politólogo francés Dominique Moïsi, «puede que norteamericanos y europeos ya no sepan qué significa para ellos Occidente, pero el resto del mundo sí lo sabe». Las civilizaciones son, a la postre grandes familias

culturales y es indiscutible que ésta lo es. Una gran familia con una cultura inmaterial marcada por una religión potente (el cristianismo) más una filosofía (la Ilustración y la ciencia), y una poderosa cultura material (una civilización tecnocientífica). Occidente existe al menos desde Roma, y existe como indiscutible sujeto histórico.

Y de ese sujeto histórico, hoy puesto a prueba en Ucrania, quiero hablar hoy.

Suicidio, descolonización y colonización de Europa

Durante al menos doscientos años la historia del mundo se ha escrito en Europa. Ya sea en El Escorial, en Lisboa, en París, Londres o Berlín, el destino del mundo entero, de América, Asia o África, dependía de decisiones tomadas en este pequeño (y mal denominado) «continente» europeo; más bien una península en el extremo occidental de Eurasia. Un ejemplo brutal: en la Conferencia de Berlín de 1884 un grupo de potencias europeas (entre las que no estaba España) se repartieron África trazando fronteras arbitrarias que son las actuales fronteras entre los Estados de ese continente. Era lo que los historiadores han llamado la «Era de Europa», que fue al mismo tiempo la era del imperialismo y del colonialismo.

Sin embargo, Europa se suicidó en dos brutales guerras mundiales y, tras la segunda, quedó literalmente devastada y destruida, física y moralmente. Ciudades bombardeadas, industrias, comunicaciones, todo había sido pasto del fuego y la destrucción. Y eso tuvo dos enormes consecuencias, que aún siguen vivas.

Por una parte, la descolonización del mundo del poder europeo. En 1945, cuando se ponen en marcha las Naciones Unidas, firman la carta poco más de cincuenta países. Pronto comenzará la

descolonización y, tras la caída de la URSS, son ahora 193 los Estados soberanos representados en esa organización. Los dos Estados africanos no colonizados de la conferencia de Berlín hoy son nada menos que 54. Nuevos Estados que nacen con resentimientos y reclamaciones históricas sobre los viejos imperios y que buscan un lugar en el sol y una voz que hacer oír en el concierto mundial. Europa, Occidente, pierde presencia y poder; otros la ganan.

Pero tan importante, si no más (sobre todo porque es rara vez explicitado) es el hecho de que Europa, descolonizada, será ella a su vez colonizada por dos potencias extraeuropeas: los Estados Unidos y la URSS. No es sólo que Europa perdiera el control del destino del mundo, es que perdió el control de su propio destino que, desde 1945, pasó a depender de otras potencias extraeuropeas. Y si (cumpliendo la brillante profecía de Alexis de Tocqueville) media Europa vivió bajo «condiciones de libertad» y la otra media bajo «condiciones de servidumbre» –son palabras de Tocqueville–, así continúa, aunque las fronteras entre ambas hayan variado tras 1991. Y si la guerra de Ucrania ha explicitado algo es que la libertad en Europa sigue dependiendo del paraguas de seguridad que ofrecen los Estados Unidos. Es cierto que la UE ha sido el artillero mediante el que Europa trata de recobrar el control de su destino (como nos interpelaba Angela Merkel) pero, aunque está reaccionando bien a las más recientes crisis (Brexit, COVID, Ucrania), está muy lejos aún de poder responsabilizarse de su propia seguridad para hablar «el lenguaje del poder», como nos increpa Josep Borrell.

Pero el suicidio de Europa y su dependencia de potencias extraeuropeas durante la Guerra Fría sólo fue la primera parte de la primera parte pues, tras ello, tenemos que asumir la emergencia del resto, la emergencia de los colonizados, de lo que hasta hace poco llamábamos el «tercer mundo».

La Gran Transformación

El 30 de abril del 2014, el *Financial Times* pudo publicar una singular noticia en portada, a cinco columnas, que no era la noticia del día o de la semana, ni siquiera del año, sino más bien del siglo: en ella anunciaba que ese mismo año la economía china, medida en paridad de poder adquisitivo (PPA), superaría a la de Estados Unidos. Como así fue. Y recordaba el *FT* que fue en 1872 cuando la economía norteamericana superó a la del Reino Unido, aunque tardaría todavía varias décadas en adquirir el rango de potencia hegemónica mundial. No basta la economía; ésta debe transformarse en poder. Es la historia de China en este comienzo de siglo XXI.

Estamos siendo testigos de una transformación social sin parangón desde la Revolución Industrial, testigos de la tercera gran revolución política y económica del mundo tras las dos previas: la mal llamada Revolución del Neolítico (mal llamada revolución pues fue una evolución que duró milenios), y la Revolución Industrial. Sólo que la actual, comparada con esta última, es mucho más extensa, más intensa, y más rápida que aquella, los tres parámetros con los que medimos el cambio social: extensión, profundidad y ritmo.

Es más extensa, pues aquella afectó a no más de un tercio de la población mundial, el espacio noratlántico, mientras ésta afecta a todo el mundo, África incluida, y algunos de los países que crecen a mayor velocidad en estos últimos lustros son africanos.

Es sobre todo mucho más intensa y profunda, pues altera más aspectos de la vida y afecta a más productos, procesos, creencias, hábitos o instituciones. Un dato muy a tener en cuenta: en 2007, la población urbana del mundo habría sobrepasado a la rural por vez primera en la historia de la humanidad, y el proceso urbanizador continúa acelerado. La ONU estima que para 2030 habrá

no menos de cuarenta megaciudades de más de diez millones de habitantes, y hasta el 70 por ciento de la población del mundo será urbana en el 2050. Y la consecuencia de esa revolución urbana es la llamada «cocacolonización» o «macdonaldización» del mundo: una convergencia de hábitos, costumbres, escenarios, modos de vestir, etc. La ciudad nos hace libres, decían los clásicos, pero también nos hace iguales. Mismos aeropuertos, oficinas, universidades, discotecas, calles, comercios, vestidos y un larguísimo etcétera de homogeneización.

Finalmente, la actual *Gran Transformación del Mundo* (si se me permite la expresión, que robo del libro clásico de Karl Polanyi) es mucho más rápida que la Revolución Industrial: comenzó al caer el Telón de Acero, y tardará no más de cuarenta o cincuenta años en completarse, mientras que la Revolución Industrial tardó siglo o siglo y medio. China ha estado creciendo con tasas de dos dígitos casi treinta años, un ritmo desconocido en la historia (luego veremos por qué).

Pues la pregunta inmediata es: ¿qué está causando este brutal cambio del panorama mundial? Por supuesto, se trata de un proceso multicausal, aunque podemos resaltar dos causas que lo explican casi todo: una divergencia demográfica entre el Este y el Oeste, sobre la que se superpone una convergencia tecnológica del Oeste sobre el Este. Vale la pena detenerse un momento para analizarlas pues ambas causas continuarán marcando nuestro futuro aún varias décadas.

Divergencia demográfica

Aseguran que Auguste Comte dijo que la demografía es el destino. No es cierto; no lo dijo jamás, pero *se non e vero è ben trovato*. La demografía es una variable que cambia cada día, lentamente, de

modo que rara vez es noticia y suele ser menospreciada. Pero a largo plazo es fundamental; un país o una región son eso: población, más territorio. Pues bien, en números redondos (para recordarlos) éramos unos 3.000 millones de habitantes en 1950, pero seremos más de 9.000 para el año 2050. En poco más de un siglo la población se habrá triplicado; un crecimiento brutal que pone a prueba los recursos naturales del planeta y nuestro ingenio para gestionarlos.

Pero tan importante o más es que, todo ese enorme crecimiento, se ha dado fuera del área desarrollada. Y así, si a comienzos del pasado siglo Europa era algo más del 25 por ciento de la población del mundo, y todavía a mediados del siglo pasado representaba una quinta parte, hoy se aproxima al 7 por ciento. Y desciende. Asia es ya el 60 por ciento de la población mundial y seguirá siéndolo durante buena parte del siglo XXI, de modo que hay seis asiáticos por cada europeo. Y en las próximas décadas África doblará su población. China son 1.400 millones de habitantes, otros tantos la India, y otros tantos en África subsahariana. Este es el gran problema de la humanidad hoy: hacer sitio a esas masas que desean (y merecen) una prosperidad similar a la nuestra.

Y hablamos de cantidad de población, no de calidad, pues la consecuencia del nulo crecimiento es el acelerado envejecimiento. La edad media en Europa está por encima de los cuarenta; en el norte de África está por debajo de los treinta y en el África subsahariana por debajo de los veinte.

Pero el tamaño poblacional cuenta, vaya si lo hace. Un país «normal» tiene entre diez y cien millones de habitantes; cuando pasamos de los trescientos como en Estados Unidos, hemos roto la «normalidad». Pero si hablamos de más de 1.400 millones estamos literalmente ante «objetos políticos no identificados», civilizaciones disfrazadas de Estado o «civilizaciones-Estado», como algunos

chinos gustan de referirse a su país, y quizás tendríamos que recuperar una vieja palabra, olvidada y menospreciada, pero que regresa: Imperios (como nos sugieren Robert Kaplan o Elvira Roca).

Más convergencia tecnológica

Este desequilibrio demográfico entre el Este y el Oeste no tendría excesiva importancia si Occidente conservara el monopolio sobre la tecnociencia del que venía disfrutando desde la Revolución Científica del siglo XVII. Tecnociencia que fue el motor de la Revolución Industrial y de la posterior europeización del mundo. La máquina de vapor y el ferrocarril, el motor de combustión, el telégrafo, por no hablar de los fusiles o las ametralladoras, impulsaron la hegemonía total de Europa.

Pero ya no es así y, en paralelo con la divergencia demográfica se ha producido una profunda convergencia tecnológica, que es la segunda y principal causa de esta Gran Transformación.

La razón es sencilla: copiar es mucho más fácil que inventar. Lo segundo requiere tiempo, recursos y esfuerzo; lo primero es casi innato. Los humanos llevamos milenios copiándonos pautas de comportamiento más eficaces, ya sea para cazar, pescar, cultivar la tierra, domesticar animales o construir ciudades, ejércitos y Estados. Y seguimos haciéndolo. Los antropólogos tienen un nombre preciso para esa pauta de comportamiento: difusión. Y de eso se trata, de la difusión mundial de tecnologías de todo tipo.

Ya hubo una difusión casi global de tecnologías agrícolas durante la llamada Revolución del Neolítico. Y hubo una segunda difusión de tecnologías industriales, aunque limitada al marco occidental. En 1986, y a partir de los datos históricos de Angus Maddison, el economista americano William J. Baumol, en un

importante trabajo publicado en la *American Economic Review*, mostró cómo las economías euroamericanas de la segunda posguerra (las del ya viejo G7) habían convergido hacia la del líder (la americana), hasta casi igualarse entre 1870 y 1970. Unos copiaron a los otros, y todos ganaron. Pues al último le basta copiar la tecnología del más avanzado, saltando en pocas décadas de la retaguardia a la vanguardia tecnológica, lo que le permite crecer rápido.

Pero Baumol añadía algo muy importante y raramente valorado: por innovaciones entendía no sólo la tecnología y sus productos, ya sean el motor de vapor o las TIC, sino también las buenas prácticas o las buenas políticas. Y desde luego lo son casi siempre las prácticas culturales o institucionales: el Estado, la administración, el *rule of law*, los BOE, la contabilidad de doble entrada, las hipotecas, etc. Unas y otras innovaciones (de *hardware* o de *software*) son, en buena medida, bienes públicos, disponibles para quien quiera hacer uso de ellos.

El resultado neto de esas transferencias de tecnología es una brusca mejora de la productividad de quienes las reciben. El PIB de un país, su poder económico, es resultado de la productividad *per cápita* multiplicado por el número de sus trabajadores. Y así, incluso con productividades bajas –muy inferiores a la de los Estados Unidos– China es una *low productivity superpower*, un superpoder de baja productividad. Bastaría con que la mitad de los trabajadores chinos alcanzaran la mitad de la productividad del trabajador americano para que el PIB agregado superara el de Estados Unidos. Se puede ser potencia con los pies de barro. Otro tanto ocurre con la India, que ha sobrepasado ya a Inglaterra y a Japón (en PPA).

Pero si la productividad del trabajador crece, y tiende a homogeneizarse con el trabajador más productivo, la riqueza global de un país pasa (tendencialmente) a depender del volumen de la población. Si un país o región es el 7 por ciento de la población mundial, será cada vez más difícil que sea al tiempo el 30 o el 20

por ciento del PIB global, como eran los Estados Unidos o la UE hace pocas décadas. China ya ha alcanzado casi esa situación de equilibrio pues, siendo el 18 por ciento de la población mundial, es ya el 18 por ciento del PIB. En el extremo opuesto, la Unión Europea de los veintisiete genera actualmente el 15 por ciento del PIB, pero se estima que será menos del 9 por ciento para 2050.

De este modo, tras la gran divergencia de productividades y riquezas durante los años de la Revolución Industrial (con la población al Este y la riqueza al Oeste), parece que nos encontramos ante una gran convergencia mundial que las crisis económicas como la Gran Recesión, e incluso la pandemia de la COVID-19, no han hecho sino acelerar. La manifiesta superioridad económica de Occidente, base de su superioridad militar y geopolítica, está siendo rápidamente erosionada por el efecto conjunto de la divergencia poblacional y la convergencia tecnológica.

Y el declive relativo de Occidente. Economía y poder

La economía es un juego de suma positivo; todos podemos ganar o perder al tiempo. El final del pasado siglo y el comienzo de éste –hasta la Gran Recesión del 2008–, ha habido un notable progreso en el mundo en casi todas las dimensiones, y los datos lo avalan. La esperanza de vida se ha doblado hasta más de setenta años; la democracia y la libertad se ha extendido a numerosos países; la pobreza ha descendido; la clase media ha crecido; la educación se ha generalizado. Y aunque la desigualdad dentro de los países (ricos o pobres) ha crecido, ha decrecido cuando se mide en el mundo en su conjunto. Todos hemos ganado, aunque, como suele ocurrir, unos más que otros.

Pero el poder es un juego de suma cero, agónico. Es una relación de fuerzas, no un número absoluto, de modo que, si uno gana

poder, los demás lo pierden relativamente. Y la emergencia de nuevos poderes en el mundo erosiona el poder relativo de Occidente en la misma medida. No estamos ante una decadencia absoluta, y menos ante un «hundimiento» de Occidente. Estados Unidos, el país líder, tiene muchos activos y, aunque tenga también serios problemas internos, seguirá siendo una gran potencia sin rival muchas décadas. Cierto que ya no se puede decir que «nada se puede hacer sin los Estados Unidos», pero sigue siendo cierto que poco se puede hacer contra ellos y siguen siendo la «nación indispensable» (Madelaine Albright). Y la Unión Europea, que no es un poder geopolítico, si lo es económico, jurídico (regulador) y «blando» (*soft power*). El atractivo del bloque occidental sigue intacto, y los emigrantes de todo el mundo lo certifican votando «con los pies»: nadie quiere emigrar a Rusia o China, por no mencionar Cuba o Venezuela, pero todos quieren emigrar a la UE o los Estados Unidos.

Pero sí estamos ante una clara pérdida de la hegemonía de Occidente, cuyo cenit fueron quizás los «rugientes» o «gloriosos» años noventa. China comienza a estar en condiciones de retar a los Estados Unidos, que ha abandonado ya la voluntad de ser policía del mundo, y el vector de sus relaciones reciprocas (geopolíticas, económicas o tecnológicas) articula las relaciones internacionales todas en la llamada «trampa de Tucídides»: el juego agónico entre una potencia ascendente y otra descendente, y la tentación de la última de hacer la guerra antes de ser sobrepasada. Los historiadores (Graham T. Allison) han acreditado más de una docena de casos reales de «trampas de Tucídides»; la mayoría acabaron en guerras. Una enseñanza que no debemos obviar.

Pero fascinados por esa tensión, hemos olvidado otras potencias menores, como Rusia, un país que aprovecha las oportunidades que se le abren para ganar protagonismo. Una potencia «regional» dijo Obama de Rusia, para gran enfado de Putin.

Cierto, potencia regional, aunque, desgraciadamente, en nuestra región. Y la invasión de Ucrania es una suerte de Aleph borgiano o analizador a través del que podemos vislumbrar todas las tensiones acumuladas en las dos últimas décadas. Tensiones que, como ocurre siempre (y así ocurrió durante la larga Guerra Fría), acaban aflorando por su eslabón más débil, que no es el Indopacífico, sino la confusa frontera entre Europa y Asia. No olvidemos que, preguntados los rusos en un sondeo si eran europeos o asiáticos su respuesta mayoritaria era «ni lo uno ni lo otro; somos rusos».

*Consumación de Europa:
el triángulo democracia, mercado, ciencia*

Decíamos que Europa ha marcado con su impronta la historia mundial de los últimos quinientos años. Y por ello puede afirmarse con rotundidad –como vio Toynbee a mediados del pasado siglo– que «los historiadores futuros dirán [...] que el gran suceso del siglo XX fue el impacto de la civilización occidental sobre todas las restantes sociedades vivientes y el mundo». Pero, cuidado, añadía, «no ha sido el Occidente quien ha sido golpeado por el mundo; ha sido el mundo quien ha sido golpeado, y golpeado con fuerza», por Occidente.

Es importante entender el alcance de esa penetración occidental más allá de su decreciente peso político. Pues, de una parte, es indiscutible que lo que quedará de este segundo encuentro de los mundos es la transformación de Occidente en una unidad más, en otra pieza del puzzle de la humanidad globalizada. El gran sociólogo español Enrique Gómez Arboleya lo escribió con clarividencia hace más de cincuenta años: «Europa [...] no se basta a sí misma [y se proyecta, pero] al europeizar el resto del mundo se va

colocando como una individualidad entre otras individualidades». Occidente, y Europa dentro de él, como otra pieza más, otra individualidad entre muchas.

Cierto, pero, por otra parte, el impacto de Occidente no tiene marcha atrás, y no estamos ante una confrontación de civilizaciones –como argumentó Huntington (y, paradójicamente, quienes abogan, *a sensu contrario*, por una Alianza de Civilizaciones)– sino ante algo bastante más complejo. Pues, aunque estemos en los albores de la pérdida de peso político y económico relativo del viejo Occidente, éste, sin embargo, ha triunfado como civilización y sus principales logros prosperan hoy en todas partes con escasas excepciones.

Efectivamente, si indagamos cuáles son las instituciones dominantes en el mundo moderno, encontraremos tres, una política, otra económica y una tercera cultural, que son otras tantas aportaciones de Europa a una emergente civilización mundial. Veamos las tres.

Y la primera sin duda es la extensión de la economía de mercado, de lo que, cuando yo era joven, llamábamos modo de producción capitalista. Ya nadie cita a Marx ni se usa la palabra capitalismo (aunque es un fantasma que regresa); no está de moda, e incluso se ha hablado de postcapitalismo (Peter Drucker). Nada más falso, pues precisamente estamos ante la generalización del modo de producción capitalista, hoy llamado economía de mercado. Y fue el propio Marx quien habló con entusiasmo de la gran «influencia civilizadora del capital», que arrasa particularismos, aldeanismos y tradiciones para imponer la modernidad y el progreso (Una de las mejores predicciones del actual proceso globalizador la podemos encontrar nada menos que en el *Manifiesto del Partido Comunista*).

Marx acertó plenamente en sus previsiones, aunque no lo hizo en sus propuestas, pues no ha sido el control público de los medios

de producción, sino la liberalización, la causa del crecimiento. El máximo de propiedad pública de medios de producción se dio en la segunda posguerra y hasta los años ochenta con nacionalizaciones en Asia, América Latina y Europa (el laborismo británico y la Francia de Mitterrand, por ejemplo). Toda la economía china y casi toda la de la India eran públicas. El resultado fue catastrófico y en los años noventa se inició el proceso privatizador que ha abarcado a más de cien países. China crece porque ha liberalizado su economía, no porque sea un Estado totalitario (o autoritario, como argumenta Eugenio Bregolat, embajador español en Beijing en dos ocasiones). Otro tanto ocurre con la India; crece en tanto que ha abandonado una economía dirigida, estatalizada y soviética, y fueron las reformas liberalizadoras de 1991 de Mohamed Singh las que permitieron su integración en la economía mundial.

La consecuencia es que, cuando se indaga el grado de apoyo que hoy tiene la economía de mercado –como ha hecho el Pew Research Center–, y para sorpresa de no pocos, son los países emergentes los que lo apoyan claramente, mientras el recelo crece en no pocas economías de mercado clásicas. En Vietnam, Corea del Sur, China, Bangladesh, Gana, Kenia o Tanzania, el apoyo es hasta treinta puntos superior al existente en Italia, Francia, Grecia, España, e incluso Japón. Y es lógico, pues han sido los grandes beneficiarios del proceso globalizador.

Cuando retornamos a una era de fuertes nacionalizaciones y proteccionismo comercial como la que tenemos delante –a consecuencia de la pandemia y la nueva crisis económica y la guerra de Ucrania–, no sobra recordar que fue la tendencia contraria la que trajo prosperidad, y que fue su rechazo lo que se tradujo en miseria en países como Corea del Norte, Cuba, Venezuela o Nicaragua. Un modelo económico liberal que no confronta alternativa alguna incluso en estos momentos de manifiesta y seria crisis regulatoria. ¿Quién cree hoy en economías centralizadas, planes

quinquenales o similares? Al parecer, sólo algunos profesores o políticos occidentales despistados.

Pero la libertad económica no da todos sus frutos si no va acompañada de la libertad política. Y, desde luego, la democratización de los años noventa, que ha traído libertad a numerosos países, es otro de los aportes de Occidente al mundo moderno.

Hablamos no ya de la forma Estado –generalizada a todo el mundo como modelo de arquitectura política, también sin alternativa, pues la estatalización del mundo es ya total–, sino del Estado democrático y liberal como forma política dominante, que hoy tampoco confronta legitimidad alternativa y que, desde 1989, ha hecho progresos considerables expandiéndose por Europa del Sur y del Este, América Latina, Asia e incluso África (con la muy importante excepción del mundo islámico). Y aunque lleva ya más de una década de lento retroceso, casi la mitad de la población del mundo vive bajo regímenes democráticos.

Es más, tenía toda la razón Fukuyama cuando argumentó que la legitimidad democrática era ya la única aceptable. El Pew Research Center en una investigación realizada en 34 naciones de todo el mundo acredita que, a pesar de un manifiesto malestar con el funcionamiento de las democracias, la opinión pública sigue confiando en un régimen de libertades con apoyos generalizados a la justicia independiente, igualdad de género, libertad religiosa, elecciones libres, libertad de expresión y de información, etc. Ello es tan cierto que poco más de media docena de países del mundo se autodefinen como no democráticos; todos los demás dicen serlo, pues se trata del único discurso que proporciona legitimidad.

Cierto que disponemos de no pocos ejemplos de países autoritarios con fuertes crecimientos económicos, ya sean dictaduras de derecha (el Chile de Pinochet, o, antes, la España de Franco) o de izquierda (la China actual). Pero como estas menciones muestran, bien acaban derivando en democracias (España, Chile), bien

acaban deteriorando sus economías de mercado incapaces de controlar la corrupción que genera el control político de la economía (Rusia, China).

Pero la invención occidental que puede ser más importante en el futuro es la cultural: una cultura basada en el diálogo racional y la prueba empírica, es decir, en la ciencia. Y recordemos que para Ortega y Gasset Europa era eso: «Europa es ciencia», afirma rotundamente en las *Meditaciones del Quijote* (1914).

A comienzos del pasado siglo, un agudo observador, el sociólogo americano Thorstein Veblen, publicó el primer estudio sociológico sobre este asunto, *El lugar de la ciencia en la civilización moderna*. Y señalaba que «ningún otro ideal cultural ocupa un lugar indiscutible similar en las convicciones de la humanidad civilizada». «La ciencia [concluía Veblen con rotundidad] da su carácter a la cultura moderna». Sus palabras han resultado proféticas, de modo que la ciencia permea la sociedad moderna, de Occidente o de Oriente, y es el motor más fuerte del cambio social, la variable crucial. Como lo ha sido siempre, pues el conocimiento (la tecnociencia hoy) ha sido siempre la variable de apertura de los sistemas sociales. Y, por supuesto, la ciencia ha dejado de ser occidental y se aprende y se practica no sólo en Boston o Cambridge, sino en Tokio, Beijing o Bombay, penetrando toda la vida social y económica.

En primer lugar, a través de sus productos, que impregnan todas las sociedades y las occidentalizan. El ordenador, el teléfono móvil, los automóviles o los aviones, el GPS, las tecnologías médicas, no menos que los rascacielos, los aeropuertos, las oficinas, o los centros comerciales y de modo más general la arquitectura, la sanidad, el transporte y las infraestructuras, incluso las técnicas agrícolas, y tantos otros cachivaches que se nos cuelan en los bolsillos, o nos llevan, o nos rodean, todo ello homogeneiza y occidentaliza al tiempo que, paradójicamente, los mismos productos se desvinculan de su origen, se desoccidentalizan. Pues ¿son

occidentales los rascacielos, los aeropuertos, los centros comerciales, los pantalones vaqueros, las Adidas, los ordenadores o los teléfonos móviles? Lo fueron, pero ya no.

Más importante aún es entender la tecnociencia como *software*, es decir, como lógica, hábito y modo de pensar, como cultura dominante, según lo percibió Veblen. La ciencia se enseña, se aprende y se practica en todas las escuelas y universidades del mundo, pero ese aprendizaje induce hábitos de pensamiento que vuelven reflexivos y se trasladan de un escenario a otro. Pues quien aprende a pensar en términos lógico-analíticos para abordar una cuestión técnica (cómo hacer una carretera o curar un enfermo, por ejemplo), no podrá no usar lógicas similares en otros ámbitos y, en última instancia, en su vida cotidiana.

Y como lo hace —en tercer lugar—, la ciencia entendida en su dimensión social, usualmente olvidada: la tecnociencia social. Pues, como señalaba Baumol, hay una tecnociencia social que abarca cuestiones como el buen gobierno y el *rule of law*, el Derecho mercantil, comercial o de familia, los seguros, la contabilidad y las auditorías y un largo etcétera. En el fondo, las pautas de difusión cultural del estribo hace siglos, o del motor de combustión hace poco, no son esencialmente distintas de las que afectan a la contabilidad o a los registros de propiedad. Hablo pues de tecnologías sociales, que son al tiempo programas culturales. Y, sin duda, el Derecho formal es una de las más importantes. Los numerosos BOE son hoy los más avanzados instrumentos de ingeniería social capaces de regular las más complejas sociedades. El modo cómo Japón o Turquía incorporaron el Derecho europeo es un ejemplo de ello, que ya se ha extendido a todos los países del mundo.

Así pues, terminamos con una triada institucional esencial: la política estatalizada y democrática, la economía de mercado y la cultura científica. Simplificando, democracia, mercado y ciencia,

tres instituciones que articulan las sociedades modernas y son otros tantos vectores de la actual globalización.

No tengo tiempo ni es la ocasión (pero pretendo hacerlo más adelante) para mostrar que no se trata de tres piezas independientes que pueden o no darse juntas (como tiende a pensarse), sino más bien los tres lados del mismo triángulo institucional cuyo centro lo ocupa la libertad del individuo, el ciudadano, de modo que cada uno refuerza los otros dos.

Para comenzar, la libertad de pensar y de expresar opiniones –libertad de conciencia–, que fue históricamente la raíz de todas las demás libertades con la reforma protestante, y cuya expresión más articulada es la ciencia. En segundo lugar, la libertad para producir o para consumir, libertad de mercado. Finalmente, la libertad para elegir (y ser elegido) a quien ocupará el poder, la libertad democrática. Tres expresiones de la soberanía del individuo (del ciudadano), que dan origen a tres mercados isomorfos perfectamente identificables. Instituciones que están vinculadas también a nivel macro pues no hay democracia sin economía de mercado, como es evidente. La conexión entre la ciencia y el mercado se la debo a Michael Polany y la existente entre ciencia y democracia se la debo a Robert K. Merton.

Son, finalmente, tres vectores institucionales que se refuerzan unos a otros, pues la mezcla de mercado y democracia da lugar a los órdenes liberales modernos, y la fusión de mercado y ciencia ha generado la moderna economía del conocimiento que comenzó, justamente, con el Complejo Militar Industrial americano de la posguerra, una potente fusión entre las exigencias de seguridad de la democracia americana, las empresas de alta tecnología, y los laboratorios de investigación de las universidades de vanguardia.

Democracia, mercado y ciencia van de la mano, y son hoy los tres grandes vectores de la mundialización y la gran aportación de Occidente y Europa al mundo tanto que, en alguna ocasión, he

aludido a ellas como el *acquis occidentale* (por comparación con el *acquis communautaire*) una aportación civilizadora occidental de alcance histórico universal, como lo hubiera denominado Max Weber.

Y termino.

Podemos dudar de la existencia de una civilización occidental, como hizo Gandhi con ironía: «¿Que qué opino de la civilización occidental?» –preguntaba un periodista. A lo que respondió: «Es una buena idea». Pues bien, esa buena idea se ha materializado en tres órdenes institucionales que han hecho progresar el mundo de modo impresionante en las últimas décadas. Sin duda, Occidente desaparecerá y su historia ya ha dejado de ser *la* historia del mundo, como afirmaba Gomez Arboleya. Pero su legado es civilización mundial y no es fácil que desaparezca ni siquiera en el largo plazo. El sociólogo francés Gilles Lipovetsky se pregunta: «¿Eclipse del eurocentrismo significa des-occidentalización del planeta?». A lo que responde:

Miremos donde miremos, modernizarse es, todavía, en cierto modo, occidentalizarse, es decir, transformarse y reestructurarse de acuerdo con núcleos fundamentales de la cultura-mundo que proceden de Europa.

Y añade:

¿Acaso vemos mestizaje en el funcionamiento financiero, en el trabajo científico, en el universo técnico, en las prácticas médicas? Por el contrario, el intercambio es desigual y ningún pueblo, ninguna nación está fuera de la dinámica de Occidente y de su labor des-tracionalizadora.

Tanto Marx como Toynbee tenían razón: el mundo golpeado, y golpeado con fuerza, por Occidente. Europa ha proporcionado

prosperidad y libertad al mundo, a veces sin quererlo ni pretenderlo, y continúa haciéndolo con cada ampliación.

Pero esa expansión, su consumación, es hoy su reto principal: un mundo posteuropo (y quizás postoccidental) gracias a haber sido profundamente occidentalizado. Mundo en el que corremos el serio riesgo de que nos ocurra lo que Churchill señalaba del Imperio británico tras la guerra: que nuestra amistad no se valora, pero nuestra enemistad no se teme.

La actual guerra de Ucrania es el test definitivo de ese riesgo.

En el verano del 2021 abandonamos Afganistán a la crueldad de unos bárbaros salvajes que incluso esclavizan a sus mujeres, es decir, a sus madres, sus hermanas, esposas e hijas. Con ello no sólo mostramos una despreciable indiferencia hacia su destino sino, lo que es peor, el deseo ilusorio de replegar la civilización sobre sí misma, para generar una suerte de parque temático occidental blindando nuestras fronteras a la amenaza exterior.

Deseo ilusorio pues hoy la barbarie, fortalecida, se asoma a nuestras mismas fronteras y es ella la que trata de expandirse a nuestra costa. Y nuestro fracaso en Ucrania certificará nuestra debilidad, que se retroalimentará en división interna y en menosprecio exterior. Ni amados ni temidos. Y con ello –por seguir con Toynbee– Occidente se habrá consumado por extinción y dejará de ser *la Gran Sociedad*. Por usar sus palabras, ese «gran árbol bajo cuyas ramas todas las naciones de la Tierra han venido a cobijarse». Y tengo la seguridad de que el árbol que le sustituya, si es capaz de crecer, ese otro posterior cobijo, no será comparable, ni de lejos, con el que habremos dejado atrás, que puede que sea recordado por los historiadores futuros como nosotros recordamos la Atenas de Pericles: uno de los momentos estelares de la historia de la humanidad.

E. L. de E.